

Remembranzas, memorias, jirones...del 68

NORMA DE LOS RÍOS M.

(Profesora del Colegio de Estudios Latinoamericanos)

NI RECuento PORMENORIZADO de los hechos, ni evocación nostálgica... ni análisis de fondo acerca de lo que tanta tinta y tanta buena pluma han dado a conocer.

A cuarenta años de aquellos días tan emocionantes como aciagos, ¿cómo encontrar el equilibrio entre lo testimonial y lo analítico, entre lo reflexivo y lo descriptivo, entre lo anecdótico y lo crítico? Se ha escrito tanto, y se ha dicho más, y se seguirá diciendo mientras el recuerdo perdure, mientras los aniversarios potencien la memoria, mientras la historia de los movimientos sociales, y entre ellos, los estudiantiles, reclamen sus antecedentes.

Acaso lo único que proceda sea una breve reflexión hecha de remembranzas y de jirones arrancados a la vida y preservados en la memoria, porque tal vez se trate tan sólo de recrear un cierto clima, de transmitir una vivencia, aun a riesgo de que con la evocación de aquellos tiempos nos invada una cierta melancolía, como la de las canciones napolitanas o la de la trova de aquellos años... romántica pero lúcida, combativa y comprometida con las causas que considerábamos más justas.

El 68 fue para mí, como para tantos jóvenes, el umbral de un mundo real que sólo conocíamos de "oídas", el parteaguas del encuentro con una realidad que me rebasaba. Demasiado joven e inmadura para haber caído totalmente en cuenta de los cambios producidos y de los que se avecinaban, no sé si "el 68" me cayó como "rayo en un cielo sereno", pero lo que sí sé es que, en cierta forma, mi toma de conciencia se produjo con él, caminé con él, caminé con el movimiento, me inserté en el proceso que de igual manera que atravesaba el tejido social, atravesaría también nuestras vidas tejiendo una urdimbre que en cierta forma no habría de abandonarme jamás. El reclamo había de transformarse en responsabilidad social en una de sus formas más generosas, es decir, la de la responsabilidad universitaria.

En aquél año del 68, que tendría para muchos una suerte de continuidad natural en las luchas sindicales universitarias de la década de los setentas, no sé si todos, pero sí muchos de nosotros salíamos por primera vez de las aulas a las calles. Por vez primera caminábamos de verdad las calles de nuestra ciudad, la hacíamos nuestra por el reclamo de justicia y dignidad. Por vez primera experimentábamos un sentimiento de pertenencia extensa y extendida a lugares, rostros, sonidos, ecos, que antes sólo percibíamos de manera nebulosa e inconsciente. Una forma de apropiación y de pertenencia se abría sitio en nuestra conciencia.

Caminábamos nuestras calles con ese sentimiento de pertenencia ampliada que por vez primera iba más

El sentimiento de pertenencia rebasaba las fronteras nacionales, el Mayo francés había ocurrido, como

implacable rapidez que apenas si logras captar la nitidez de los recuerdos, tres de ellos me vienen a la mente.



La Biblioteca Central en 1968.

allá de nuestros referentes identitarios naturales, nucleares, domésticos: la familia, la escuela, el grupo social de origen... Sentimiento de pertenencia ampliado, incluyente, generoso: éramos jóvenes, éramos estudiantes, éramos universitarios... nos asistía la razón, las luces de la inteligencia, la fuerza de los ideales.

Creíamos y sentíamos que nos asistía el derecho, que la justicia y la verdad estaban de parte nuestra; confiados en la legitimidad de nuestros reclamos y con la arrolladora euforia de nuestra juventud creíamos poder arrancar de las garras del poder la cuota de justicia que exigíamos, la cuota de respeto y dignidad que como seres humanos sentíamos merecer, tanto más cuanto que habíamos asumido un compromiso social y tal vez –prepotencia e ingenuidad de la juventud– nos sentíamos algo así como depositarios circunstanciales de una responsabilidad extensa y compartida.

Berkeley y la primavera de Praga. En nuestro imaginario juvenil los movimientos estudiantiles, como los sociales, no eran páginas desgajadas de un libro de historia, constituían fuerzas vivas, protagónicas, dueñas de sí mismas.

El futuro nos pertenecía como promesa, como empresa, como responsabilidad y compromiso, como esperanza... éramos jóvenes sedientos de porvenir.

De mi memoria, de mis recuerdos atesorados, un tanto maltrechos, un tanto confusos, también bastante olvidados por el tiempo que no perdona, y por la vida que no da tregua, habrá que entresacar algunos jirones, mitad intactos, mitad reconstruidos, porque hay que arrancárselos a la memoria tan traicionera y veleidosa como fiel y tenaz, tan severa como complaciente y tan lúcida y verdadera como opaca y falaciosa.

Como luces de bengala que se encienden y se extinguen con tan

El primero, acaso el más frustrante, porque esa primera manifestación encabezada por el rector Barros Sierra, ésa que salió de Ciudad Universitaria, desfiló por Insurgentes, dobló en Félix Cuevas y volvió por Coyoacán a CU, esa manifestación, prueba de la unidad de una comunidad universitaria, en defensa de la dignidad agraviada, me "pasó de noche", o mejor dicho me pasó de día, porque mi padre o mi madre habían visto tanques apostados, ¿los habían visto o les habían contado? ¿O es un recuerdo fabricado?, a saber... pero el caso es que mi madre nos encerró en casa a piedra y lodo, para que sus hijos universitarios, mis hermanos y yo, estuviéramos a buen resguardo, y no hubo poder humano para convencerla de que no había peligro, a pesar del sainete que le montamos... Hoy puede parecernos jocoso que no me dejaran ir a la manifestación más segura, sin duda la más segura de todas, pero entonces tuvo ribetes de

drama familiar, y sólo hube de conformarme con el recuento pormenorizado que mis compañeros y amigos me harían de aquel maravilloso día.

El segundo es el de mi fugaz y efímera función de "enlace". Yo nunca tuve un papel protagónico en el movimiento del 68, fui una más, una de tantas jóvenes universitarias que se asumieron como tales, hicieron suyos los ideales y las reivindicaciones que consideraron válidas y se involucraron en un proceso a todas luces justo e ineludible. Pero por avatares del destino o por motivos que no logro recordar con precisión, tuve un pequeño y por cierto muy breve "papel" en aquel concierto de empeños y de esperanzas; fui un enlace entre el Consejo Nacional de Huelga y la Coalición de Maestros, por supuesto sólo a escala de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, una pequeña tarea meramente informativa de las decisiones y acuerdos tomados en el seno de ambas instancias, para hacer fluir la información de manera casi inmediata. Unos pocos ires y venires entre asambleas y reuniones, pulsar el clima, informar los acuerdos recogidos de las voces de Roberto Escudero o de Luis González de Alba, y en las reuniones de la Coalición escuchar intervenciones memorables... De aquellas voces sabias, algunas por suerte están aún con nosotros, como la de Luis Villoro, otras, como la de Santiago Ramírez, padre, cuya sonoridad se ha extinguido, conservan como las otras aún vivas, la contundencia de los mensajes que recibimos los jóvenes de aquel tiempo.

Pero esa pequeñísima y aún más breve función, me salvó de Tlalotelco, porque recién devuelta la Universidad, después de la ocupación de doce días por el ejército, y con ese mi sentido casi "inmolante" del deber, decidí no ir al mitin porque pensaba que habría reunión de la Coalición de Maestros y consideré mi obligación ir a informarme de lo que ahí se diría. ¿Acaso el "sentido del deber" puede salvar de los peligros?, ¿no es, por el contrario, el sentido del deber lo que nos lleva a arrostrarlos?

Un último y tercer recuerdo, el último pero el más vivo, el impercedero, el verdaderamente importan-

Pasa a la página 2

metlapilli

En la cocina del alma

CARLOS MAPES

1968. Deseo y castigo

GERARDO DE LA FUENTE LORA

Discurso y experiencia
mística en el rock
de los sesentas

FEDERICO F. TELLO MENDOZA

Distribución gratuita

◆ Editorial

QUIENES DE LA Facultad no pudimos participar en el 68 por errores del destino o por defectos de la naturaleza, podemos decir que ciertamente 40 años no son nada, pues aquí está el mismo entusiasmo, la misma esperanza, las mismas ganas de seguir, las mismas ganas de luchar, de luchar por un mundo mejor, incluso a sabiendas de que no existe o no nos tocará verlo. Del lado de acá se viven todavía los valores del 68: solidaridad, recuerdos y emociones, acciones creativas más allá del curriculum; formación y autoformación más allá del reconocimiento; revaloración de lo valioso a pesar de todo; duelo por pertenecer a esa generación; regocijo por lo mismo; espléndida narrativa que entre conceptos y afectos da cuenta simultáneamente del hoy y del ayer; ideales todavía. Me niego a creer lo que también se ha dicho del lado de acá, que ahora ya no se puede cambiar nada, que sólo podemos llorar y recordar.

Del lado de allá, 40 años tampoco son nada, nada se hizo con los culpables, no se sabe el número de muertos. Inseguridad, desconfianza hacia los gobernantes, criminalización de los gobernados, secuestros, crímenes del narco, desaparición y muerte de luchadores sociales, abandono de ideales y valores para salvar el pellejo, abandono de valores e ideales para comprar un deportivo o volar en primera. Impunidad. Violación sistemática de indígenas por militares, mayor empobrecimiento de los pobres, delegación al rico del poder del Estado, análisis político limítado que fortalece el sectarismo, intolerancia desde el castillo de la pureza. ¿En torno a esto se nos pide unidad?◆

Viene de la página 1

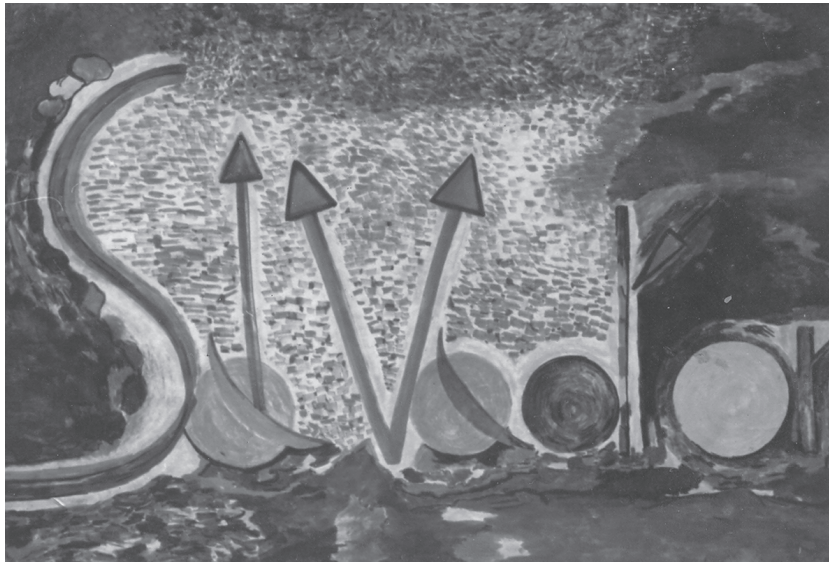
te, porque nunca jamás se borrará de mi memoria, ¡que digo de mi memoria!, nunca jamás se irá de mi corazón, nunca abandonará mi espíritu, mientras haya vida. Es el más nítido, el menos reconstruido, y en ese sentido el más verdadero, a la vieja usanza del concepto de verdad, en el no hay “invención” producto del tiempo y del olvido que lo acompaña: mi tercera evocación es la de la Marcha del Silencio.

Jamás el sentimiento de pertenencia ampliada había sido tan profundo y tan contundente como el experimentado en la Marcha del Silencio, aquel 13 de septiembre del 68. La manifestación anterior, la del 27 de agosto, había sido aún más numerosa y la llegada al Zócalo, casi apoteósica para nuestras fibras juveniles: desbordamiento emocional, euforia compartida. Pero la Marcha del Silencio tuvo y tendría un significado infinitamente más importante y rotundo.

Nunca como entonces sentí —acaso sentimos, experimentamos todos— esa convicción identitaria, esa pertenencia amplia y ampliada que nos hacía sabernos parte de un todo mucho más vasto que nosotros mismos, de un todo que de alguna manera podíamos tocar, como se toca el viento, oír cómo se escucha el silencio, el silencio de nuestras voces que representaba el grito callado de la razón, un todo más grande que nosotros mismos, un todo que podríamos llamar “pueblo”, “sociedad”, “república de justos”, “Estado de derecho”, ¿qué importa el apelativo?

Alcira

RUTH PEZA
(Trabajadora administrativa)



Cartel elaborado por Alcira Soust.

ALCIRA SOUST SCAFFO, de nacionalidad uruguaya, llegó a México a mediados de los sesentas, becada por el gobierno uruguayo para estudiar en la Universidad Nicolaita de Michoacán. Yo la conocí a finales de esa década, pero nuestra relación se hizo más fuerte al estallar la huelga en octubre de 1972.

Alcira era un personaje muy especial para la Facultad, la conocí, repito, por su solidaridad en aquella huelga durante la cual ayudó a cuidar nuestras instalaciones que, en ese entonces, comprendían la Torre de Humanidades, la Escuela para Extranjeros y el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, entre otros. Era rector, en esa época, el doctor Pablo González Casanova, y director de la Facultad de Filosofía y Letras, el doctor Ricardo Guerra Tejeda.

Alcira compartía con nosotros pan, poemas, carteles... Recuerdo

que en los periódicos de mayor circulación salió publicada en primera plana la noticia de que los huelguistas estábamos consumiendo leche de vacas tuberculosas y que habíamos sacrificado y comido un borrego que había sido premiado por la UNAM como uno de los mejores sementales.

Insisto: Alcira era un personaje muy especial para la Facultad; se encargaba de cuidar el jardín Rosario Castellanos, al que ella bautizó como Emiliano Zapata. Plantó en el varios de sus árboles: jacarandas, laureles y rosales; regaba las plantas y podaba el pasto.

Tenía una relación muy estrecha con la comunidad universitaria, lo mismo se quedaba en casa de maestros, estudiantes, trabajadores o amigos. Dormía en la Facultad, en el Vips, en el Sanborns o en el hotel “El Greco”, y ofrecía, sobre todo a los que

le caíamos bien, lo único que tenía para compartir: bolillos.

Siendo director de la Facultad de Filosofía y Letras el doctor Ricardo Guerra se le tramitó un contrato por honorarios por servicios profesionales para que Alcira contara con un poco de dinero y pudiera tener una mejor calidad de vida. Sin embargo, ella utilizaba ese dinero para publicar su poesía; traducía mucho a Rimbaud. Repartía carteles con sus poemas en marchas, mítines y eventos académicos, tanto en la Facultad como en otras dependencias Universitarias y gubernamentales y en los partidos de fútbol, pues era puma de corazón.

Durante la ocupación de la Universidad por el ejército en octubre de 1968 se quedó encerrada durante ocho días en los baños de la Torre de Humanidades I. A ella no le gustaba que se hablara sobre eso y, cuando se le preguntaba, se molestaba mucho, pues no quería recordar lo que había vivido. “Estuve en este baño para que no me vieran los soldados. Me subía a la taza y ponía el seguro para que al entrar no vieran a nadie”, me dijo Alcira. Cuando los militares salían del baño, Alcira bajaba de la taza y se asomaba por la ventana para ver si podía salir, pero se daba cuenta de que ahí seguían. Durante los ocho días que estuvo encerrada, sólo tomó agua. Días después, cuando el ejército salió de la UNAM, el doctor Bonifaz Nuño, que tenía su cubículo en el octavo piso de la Torre I, escuchó gritos en los baños, se acercó y vio a Alcira casi desfallecida; la recogió para llevarla a Servicios Médicos.

Alcira también participó activamente en la huelga de 1977, cuando se fusionaron el STEUNAM y el SPAUNAM para dar origen al sindicato que conocemos ahora como STUNAM, y, después de haber sido parte de la marcha más grande de

va que seguimos ostentando con orgullo, la única “pertenencia” en la que nos reconocemos.

Desde esa identidad compartida, ¿qué podemos legarles a los jóvenes de hoy? Sin duda lo que hayamos podido darles, entregarles, compartirles en las aulas en el ejercicio cotidiano de la docencia. Pero de cara a este aniversario que se cumple, cuarenta años, ¡son tantos...!, ¿qué mensaje podemos transmitir que no sea de duelo, de desazón, de desconcierto o desesperanza? ¿Qué lecciones de la experiencia vivida quisiéramos compartir, qué valores queremos afirmar, reivindicar, arraigar en sus jóvenes conciencias?...

Sólo recuperar el contenido ético de aquel proceso, la preeminencia del diálogo sobre la violencia, del respeto sobre la intolerancia. Se tratará tal vez de volver a imprimir el contenido necesario a términos que hoy parecen huecos, vacíos, ignorados: dignidad, justicia, razón, respeto, solidaridad, compromiso, coherencia, honestidad... cada generación debe imprimirles su sello, reelaborarlos, recrearlos desde otro lugar, su lugar, pero ¿acaso no hay una parte de ese contenido conceptual que posee un valor universal? ¿Será posible que aún a contracorriente se pueda hacer frente al individualismo feroz y desencarnado que aniquila nuestras sociedades y que parece apropiarse de las conciencias de los jóvenes, únicos a quienes aún puede pertenecer el futuro?

¡Que así sea!◆

aquella época en la que fueron arrestados los líderes del Sindicato del Personal Académico de la UNAM, estuvo a punto de ser detenida por la policía que entró a la Ciudad Universitaria la madrugada del 9 de julio de 1977. Un compañero que estaba de guardia logró sacarla.

Con el tiempo tuvo muchos problemas, sobre todo de salud, y como consecuencia de esto un día se la llevaron de la explanada de Rectoría al Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez. Al conocer esa situación, varios estudiantes y algunos trabajadores de la Facultad, entre otros Antonio Santos, que en aquella época era Consejero Universitario, fuimos a dicho hospital para sacarla de ahí. Hicimos un gran escándalo con megáfonos, gritos y porras hasta que logramos que saliera.

Nunca se supo quién tomó la decisión de internarla en ese nosocomio; alguien comentó que había sido por orden de la Rectoría, otros decían que había sido la Secretaría de Gobernación y que también había intervenido el director de la Facultad de esa época.

Durante febrero y septiembre de 1985, febrero de 1987 y abril y mayo de 1988, Alcira estuvo internada en la Clínica San Rafael, pues se encontraba mal de salud. El diagnóstico entonces fue: aislacionismo, ansiedad, apatía, pérdida de interés por su cuidado personal, ideación delirante de daño, suspicacia y abandono de los tratamientos que se le habían prescrito; al final, en mayo de 1988, el diagnóstico fue “psicosis delirante crónica de características paranoideas”. Al saber esto, informamos a la comunidad de la Facultad y a sus amigos más cercanos para que nos ayudaran a juntar el dinero para pagar el adeudo que se tenía en la clínica por el tratamiento. Cuando se internó por última vez, ya nadie quería cooperar, por lo que acudimos con el secretario Auxiliar de Asuntos Estudiantiles de la Rectoría, el licenciado Mario Ruiz Massieu, quien nos apoyó para pagar lo que se debía por los dos meses que había estado internada.

El doctor Ricardo Colin Piana, jefe del Servicio de la Clínica San Rafael me comentó que la situación social y laboral de Alcira era muy precaria, y que, desafortunadamente, los amigos que la cuidábamos no podíamos proporcionar el ambiente de estabilidad que ella requería para el manejo de sus males a largo plazo.

Ante tal situación se le planteó a Alcira la posibilidad de que regresara a Uruguay, ya que algunos compañeros habían podido verificar que allá contaba con el apoyo de su madre y varios familiares, quienes estaban dispuestos a acogerla.

Así, se organizó una colecta y se reunieron los fondos que hicieron posible el pago del pasaje a Uruguay, así como ropa, dinero en efectivo y medicinas. También se contó con la ayuda de la embajada de Uruguay en México, la cual le proporcionó sin ningún costo el pasaporte. Finalmente, el 30 de junio de 1988, una comisión, en la que participamos estudiantes, trabajadores y académicos que colaboraron en todo momento para alcanzar este objetivo, acompañó a Alcira al aeropuerto hasta dejarla en el asiento que se le había asignado en el avión. Posteriormente, a través de una llamada telefónica, la misma Alcira nos informó que había llegado sin contratiempos a Uruguay.◆

Remembranzas, memorias...

La Marcha del silencio fue la prueba fehaciente de nuestra capacidad organizativa, de la madurez adquirida, de nuestra disciplina, del grado elevado de conciencia social. Era la prueba de la justicia y justeza de nuestras demandas, de nuestra causa, de nuestro movimiento. El único ruido, el de los pies que se deslizan, el único gesto, el de la V de la victoria. La victoria de la razón sobre la sinrazón, de la inteligencia sobre la violencia.

Y esa certidumbre que nos embargaba se extendía al igual que el sentimiento de pertenencia y se abrazaba a un entorno más amplio del cuerpo social. No estábamos solos, solos con nuestra juventud y nuestra razón alada; no estábamos solos con nuestros ideales y nuestra sed de justicia... nos acompañaba la gente, la gente común y corriente, la que puebla las calles y horada las banquetas a fuerza de recorrerlas día con día, y que ese día como nunca abarrotaba las aceras de las avenidas que íbamos recorriendo, Paseo de la Reforma, Avenida Juárez, Madero... Y el silencio nuestro se hacía eco en los otros, y el silencio que nos acompañaba era el silencio más preñado de apoyo y de reconocimiento que habíamos experimentado hasta entonces, reconocimiento mucho más grande que el que habíamos convocado con las voces, con los coros de consignas y exigencias de nuestras gargantas desgarradas.

Era como si por fin hubiésemos vencido a la sinrazón y a la cerrazón, a la perfidia y a la injusticia, el silencio había salido victorioso del vituperio y la difamación. La Marcha del Silencio fue, para mí, como ninguna otra, la marcha de la dignidad y del honor, la de la solidaridad y del respeto ganado a pulso... Fue una vivencia tan entrañable, tan contundente que por ello se grabó y se albergó para siempre en nuestra memoria y ni siquiera el horror, la desolación, la impotencia y la rabia del trágico e infamante final del 2 de octubre podrá desprenderla de nuestros recuerdos más caros.

Hoy, la sed de porvenir ya no es la nuestra; para mi generación el futuro ya no se abre ante nosotros como promesa, más bien ha empezado a cerrarse como posibilidad, el futuro ya no está delante de nosotros, ya nos alcanzó, o peor aún, ya se nos adelantó, y ya no podemos seguirlo del todo, su vertiginosidad inmediateista nos solivianta porque se nos escapa poco a poco, porque nos enajena el tiempo de la reflexión; de alguna manera, nos devora. Y el tiempo, lejos de extenderse en el horizonte como esperanza, se reduce y se acorta como exigencia de balance, de cierre, de síntesis...

Hoy, los “sesentayocheros” ya no somos jóvenes; ¡helas!, ni somos ingenuos (o ¿acaso todavía...?), pero seguimos siendo universitarios. Ésa es tal vez la única identidad colecti-

Invasión de Ciudad Universitaria por el ejército

HUBERTO BÁTIZ
(Profesor del Colegio de Letras Hispánicas)

Victor Villela, único herido
en la toma de Filosofía y Letras

VÍCTOR VILLELA, POETA al que había publicado en *Cuadernos del Viento* y a quien contraté en la Dirección de Publicaciones como asistente (en donde me nombró el rector Javier Barros Sierra como subdirector encargado en 1967, en lugar de Rubén Bonifaz Nuño, que ocupó la Coordinación de Humanidades, a la que renunció Mario de la Cueva cuando el rector Ignacio Chávez fue ignominiosamente defenestrado por órdenes del presidente Gustavo Díaz Ordaz), fue herido de bala la mañana del 19 de septiembre de 1968, cuando unos estudiantes le dieron *aventón* en el estacionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras. Víctor se había presentado a trabajar, como secretario de Bonifaz Nuño, y había encontrado *tomada* la autónoma Ciudad Universitaria (“recuperada para el Gobierno por el Ejército Nacional” la noche anterior, según decían los noticieros). El militar le marcó el alto y Víctor insistió en que

debía entrar a la Torre de Humanidades. Lo intentó tenazmente hasta que unos estudiantes lo obligaron a subir a su coche para escapar. No sé qué hicieron para enfurecer al milite, al punto que cortó cartucho y disparó contra el auto. La bala atravesó láminas, forros internos y se alojó en la cadera y la cabeza del fémur de Villela. Fueron detenidos y el herido transportado al Hospital Militar, según leí ese mismo día en los diarios vespertinos en primera plana. Víctor Villela había sido el único herido en la “*gloriosa recuperación*” de la UNAM, a la vez que el Casco de Santo Tomás del Politécnico había sido también *invadido*.

Yo había renunciado a Publicaciones por un conflicto de Gastón García Cantú con su equipo de Difusión Cultural, con pretexto de “malos manejos” de la Casa del Lago, que dirigía Juan Vicente Melo; lo apoyamos Juan García Ponce, Inés Arredondo, José de la Colina, Juan José Gurrola, Tomás Segovia y otros, y al vernos desempleados nos habían ofrecido trabajo en el Departamento de Publicaciones del Comité Orga-

nizador de los XIX Juegos Olímpicos, a las órdenes de Beatrice Trueblood y del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. Me tocó trabajar también con Ali Chumacero, José Revueltas, Augusto Monterroso, Emilio Carballido, Óscar Oliva, Irene Herner, Rita Eder, Lucía Linares, Juan Carvajal, Miguel Cervantes y muchos notables diseñadores, fotógrafos, escritores y traductores extranjeros, al servicio de la Olimpiada Cultural.

No pasó mucho para que Revueltas (que se hacía presente en el Auditorio Justo Sierra-Che Guevara) fuera encerrado como preso político en Lecumberri, junto con Elí de Gortari y muchos otros maestros y estudiantes (Roberto Escudero, Luis González de Alba, líderes de nuestra Facultad). Revueltas escribió ahí *El Apando*, que con José Agustín (apresado como delincuente común —lo agarraron en un conecte de cannabis— después de que en un mitin en el *campus* le mentó la madre con todas sus letras al presidente GDO) transformó su relato en el guión de la estu-
penda película de Felipe Cazals.

Por esos días, Juan García Ponce escribió un artículo sobre el tirano Díaz Ordaz que llevó a *Excelsior* en su silla de ruedas, acompañado por Nancy Cárdenas y Héctor Valdés, maestros de *Filos*. Julio Scherer le dijo que no podía publicar el artículo porque le cerrarían el periódico, y cuando salieron al Paseo de la Reforma fueron aprehendidos, pues confundieron la silla de Juan con la de Marcelino Perelló Vals, estudiante de Física en Ciencias de la UNAM y líder máximo del movimiento estudiantil. Esa noche, en casa de Juan, nos contó cómo le conminaban a caminar pues era un *farsante*: “Me encantaría no sólo caminar, sino correr y bailar”, les decía mientras lo soltaban y caía al suelo como un guiñapo. Maltrataron con Juan García Ponce a Héctor y Nancy, aguerridos compañeros. En tanto, Scherer habló a Gobernación con el subsecretario Mario Moya Palencia y logró que éste los liberara. Años después, en el *Uno Más Uno*, yo publicaba ese artículo de Juan cada 2 de octubre para no olvidar.



Victor Villela me mandó decir, desde el hospital en que convalecía y de donde salió cojeando para siempre, que había oído que iban a “quemar mi casa”. Continuamente me llamaban por teléfono voces anónimas: “¿Su papá se llamó Agustín y su mamá María Luisa, y viven en Guadalajara?” “Sí, ¿por qué?”, contestaba. “¿Sus hermanos hacen esto y aquello? ¿Vive en tal parte?” A todo lo que yo decía ordenaban: “¡Cuídelos! ¡Sea prudente!” A todo mundo nos hacían eso para *acalambrarnos*... Vivíamos asustados, con terror. Con la amenaza de incendio, nos fuimos a vivir a otra casa. A Salvador Elizondo y a Juan Carvajal los agarraron saliendo del Sanborns de San

Pasa a la página 8

EN 1968 YO estudiaba en la Preparatoria Antonio Caso, más conocida como la Prepa 6. En los primeros días de julio, en el café La Hiedra, un grupo de amigos leímos en voz alta la crónica de Carlos Fuentes sobre el mayo francés, lectura que, además de emocionarnos, provocó unas primeras e impetuosas reflexiones acerca de la pasividad que los estudiantes mexicanos mantenían ante el autoritarismo gubernamental y la consecuente falta de democracia. Por su utilización retórica, manoseada en los discursos oficiales, la palabra democracia parecía haber perdido su brillo, su valor como un bien social anhelado. En las discusiones posteriores se impuso una respuesta: la política era asunto de otros, de los que saben, pues afuera del sistema predominante estaba la marginalidad, la indiferencia. Esta conclusión no significaba un obstáculo ya que, existencialmente, durante la adolescencia casi siempre se está al margen de todo. Aunque conformado inicialmente como un grupo de estudio para comentar lecturas de autores impactantes, como Sartre y Marcuse, la dinámica colectiva pronto derivó en un incipiente curso de marxismo. Este consenso obedeció a tres razo-

CALIBRE 68



CARACOL: (Pol.).- Cualquier baboso con casco militar

ZOOLOGIA POLITICA

Pensar que cuarenta años... no son nada

BERNARDO LIMA
(Profesor del Colegio de Letras Hispánicas)

nes: la vitalidad desplegada por la joven revolución cubana, la guerra en Vietnam y al hecho de que los mejor informados pertenecieran a organizaciones juveniles de izquierda, genéricamente calificadas de comunistas. En esos años cualquier oposición de izquierda se consideraba comunista. No había matices. Resultó natural, entonces, que las primeras manifestaciones públicas fueran en apoyo de la lucha antiimperialista de Vietnam y Cuba. Pertrechado con la experiencia de haber huido ante la amenazante proximidad de los granaderos, corretizas de por medio, el grupo participó activamente en la declaración de huelga en la Prepa 6, turno vespertino, sumándose al movimiento estudiantil que se extendía por los planteles de la UNAM, Chapingo y el Instituto Politécnico Nacional. En una apresurada asamblea se gestó el Consejo Nacional de Huelga, esbozándose el simbólico pliego petitorio que permitió cohesionar las demandas de las escuelas en paro. Las dudas y temores de esos días lograron superarse gracias a Javier Barrios Sierra, rector admirable, quien encabezó una marcha en protesta por la represión gubernamental. La dignidad mostrada por el rector, actitud inusual en los políticos, fue el catalizador que convenció a los indecisos y contribuyó a derrumbar viejas prácticas, como la obligación de tener que solicitar un permiso para manifestarse. Sin

embargo, había que dar otro paso. El reto consistía en llegar al zócalo, espacio monopolizado por los gobiernos priístas. Una primera manifestación recorrió el Paseo de la Reforma y ocupó el Zócalo, con la reivindicación del derecho a la libertad de expresión que los oradores resaltaron al cierre del acto. En el transcurso de agosto se convocó a otras manifestaciones en las que afloró el optimismo y una buena dosis de relajo. Al fortalecerse el movimiento, en contrapartida se incrementaron las provocaciones, las aprehensiones selectivas y los amagos de violencia policiaca. Entre los activistas frecuentemente se entablaban conversaciones como la siguiente:

Estudiante preocupado: Soy muy joven para ir a la cárcel, pues aún no he amado.

Estudiante no tan preocupado: ¿Pero cómo? ¿No es posible? Tú has estado enamorado, y de varias, por cierto.

Estudiante preocupado: Sí, pero hasta ahora no he sido correspondido; es más, creo que ellas no se han enterado de cuánto las he amado.

Estudiante no tan preocupado: Bueno, eso cambia las cosas.

Con excepción de uno o dos periódicos que eventualmente informaban con un criterio plural, el gobierno de Díaz Ordaz contaba con la complicidad de los medios masivos de comunicación para desprestigiar

al movimiento. No fue suficiente con ignorar a los estudiantes revoltosos, sino además había que aislarlos, evitando que expresaran sus opiniones. Se montó una campaña difamatoria acusándolos de traidores a la patria, de dóciles instrumentos del comunismo internacional, y de enarbolar retratos del Che Guevara. La nación contemplaba la incomprensible rebeldía de unos jóvenes que se negaban “a entrar en razón” y que relegaban a los héroes nacionales. El Consejo debía responder políticamente a esa escalada. Para ello tenían que ponerse de acuerdo aproximadamente 150 delegados acostumbrados a soportar asambleas maratónicas y divididos entre dos posiciones: una radical, voluntariosa, y otra que no descartaba la búsqueda de alternativas políticas. La situación se remontó con la intensa participación de quienes más influían en los representantes de las preparatorias y las vocacionales, votos que se cargaban hacia un lado o hacia el otro, dependiendo de la exposición de argumentos convincentes y articulados, sin descartar los emotivos. Entre los líderes que aportaban ideas políticas novedosas se encontraban, entre otros, Raúl Álvarez Garín, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla, Roberto Escudero, Marcelino Perelló y Eduardo Valle. Como consecuencia de ese acuerdo general, se realizó la marcha del silencio, punto culminante de las movilizaciones.

Ese ejercicio independiente de la política —y de lo político— resultó intolerable para el gobierno que ordenó la ocupación militar de Ciudad Universitaria y de algunas instalaciones del Politécnico. El repliegue era inminente y se convocó a un mitin el 2 de octubre en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Mi memoria conserva una imagen cinematográfica: minutos antes de que las bengalas estallaran en el cielo, veo a un joven espigado que camina por la plaza y creo reconocerlo, por supuesto, es el mimo del espectáculo *Beatlemima* que meses atrás se presentó en el teatro de arquitectura y al que asistimos algunos compañeros de la prepa. Cuando ingresé a Filosofía y Letras conocí a otros miembros del Comité de Lucha de la Facultad, cuates de Roberto y de Luis, como Ignacio Osorio, Felipe Campuzano y Rufino Perdomo. También conocí a Juan Gabriel Moreno, el mimo que saltó del teatro universitario a otro escenario menos benévolo. A cuarenta años de distancia, ocasionalmente suelen encontrarse dos egresados de la Prepa 6, por lo que es factible que se desarrolle el siguiente diálogo:

Interlocutor 1: ¿Por fin fuiste correspondido en el amor?

Interlocutor 2: Sí, ha sido maravilloso, en verdad.

Interlocutor 1: Bueno, ya puedes morir tranquilo.

Interlocutor 2: No es para tanto, no es para tanto. ♦

El movimiento del 68 en Filosofía y Letras

ROBERTO ESCUDERO*
(Profesor del Colegio de Filosofía)

NUESTRA FACULTAD JUGÓ un destacado papel en la huelga de 1968, este aserto lo pueden constatar los maestros que participaron en la Coalición, que sirvió de apoyo y que fueron un gran incentivo moral. En la Coalición los maestros tomaban sus propias decisiones y las llevaban a cabo: en desplegados, por ejemplo. ¿Quién iba a querer grillar a un Sánchez Vázquez, a un Villoro, a un de Gortari, a un fray Alberto Escurdia (fray Alberto le decía toda la Facultad, con mucho cariño) a un Sergio Fernández?

También venían a esta Facultad, a la Asamblea de Artistas e Intelectuales, algunos nombres ilustres: Juan Rulfo, Leonora Carrington, Francisco Icaza, Manuel Felguérez, Carlos Monsiváis y varios otros de los que al pasar 40 años, no me acuerdo.

Recuerdo sí a José Revueltas, que desde el primer día llegó para quedarse entre nosotros. Como lo expulsaban hasta de las organizaciones fundadas por él mismo, también lo expulsaron de la Asamblea de Artísticas e Intelectuales, sus propios discípulos, entonces nosotros le dijimos que se quedara como miembro activo, nada simbólico del Comité de

Lucha de Filosofía y Letras. Nombroamiento que aceptó con entusiasmo. ¿Y qué hacía?, escribía infatigablemente y nos proveía de documentos para su discusión. Se sentía en esta Facultad como pez en el agua.

Al Consejo Nacional de Huelga asistieron –rotándonos– cinco delegados por nuestra Facultad. Rufino Perdomo, Luis González de Alba, un matrimonio al que simplemente les decían los Mesta, porque él era Jorge Mesta (de Filosofía) y Eugenia Espinosa (de Historia), y el que suscribe, esta última me ganó la única asamblea que perdí, a propósito de la Preparatoria Popular, era muy inteligente y muy convincente.

Aunque, como es natural, no todos los maestros estaban con la huelga, los que nos apoyaban lo hacían hasta con colectas, mismas que recogíamos en la casa de Luis Lara Tapia, pero que también nos servían para analizar conjuntamente la situación, y en un ambiente distendido y muy amable de ambas partes. Dentro de la Facultad aunque no tan bien organizados como en Ciencias, nuestra organización era buena, tanto en guardias permanentes como en el

comedor y la cocina. Aunque estas tareas parecen fáciles, no lo son, dada la gran cantidad de estudiantes que venían cotidianamente a la facultad.

Para terminar, un poco de historia

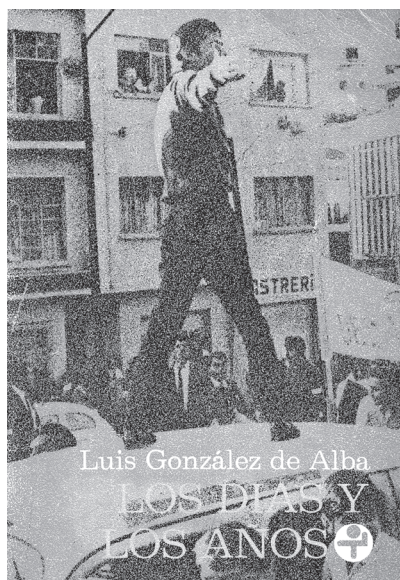
El anterior Comité Ejecutivo de la Sociedad de Alumnos –pues tal es su nombre completo y correcto– estaba en manos de la derecha. Pero terminando la huelga contra Ignacio Chávez en la que varias escuelas decidimos participar para hacer contrapeso a los estudiantes de Derecho, ganamos las elecciones por un margen amplio a la derecha, encabezada en ese entonces por el presidente del Comité Ejecutivo, Germán Dehesa; cercana a él estaba Cristina Barros. Debo decir que era una derecha muy educada y muy preparada, con la que no tuvimos más que, quizá, ciertas dificultades menores.

A la vuelta de pocos años, Cristina y Germán ya habían evolucionado hacia posiciones muy distintas. Menos de dos años después, comenzó el Movimiento Estudiantil de 1968. ♦

* Miembro de CNH.



Vista aérea de la Facultad de Filosofía y Letras



No, no iríamos a la manifestación. Estábamos sentados en el “aeropuerto” de la Facultad, llamado así porque ahí aterrizaban todo tipo de pájaros. Eran las cinco de la tarde y todos los pasillos estaban atestados; en las escaleras el congestionamiento era mayor. ¿Por qué? Porque estábamos hartos de las manifestaciones del partido, limpias, bidestiladas, inodoras, insaboras e insípidas. Pues entonces que hiciéramos la nuestra, respondió el “militante”. Junto a mí alguien le mentó la madre. Eso no está bien, dijo Escudero. ¡Y por qué no! Enrique parecía molesto por la observación de Escudero. El “militante” desapareció: era el único que conocíamos en Filosofía donde los grupos políticos eran muy reducidos y sin una línea precisa de acción, como no fuera un vago izquierdismo (p. 20).

Huelgas y paros en el IPN y la mayoría de escuelas de la UNAM por la libertad de los presos políticos, la disolución de los cuerpos granaderos; la destitución de Frías, además de Cueto y Mendiolea, como responsable directo de los abusos cometidos por los granaderos. La reunión de las escuelas

Testimonios

LUIS GONZÁLEZ DE ALBA*

en huelga sería en el salón 11 de la Facultad de Filosofía y Letras. Todos los grupos políticos estaban presentes. No había criterio previo que permitiera controlar el acceso a la reunión, llegaban los comités de lucha elegidos esa misma tarde, los comités ejecutivos, los dirigentes de los grupos políticos y las bases también (p. 30).

La reunión era una indescriptible mezcla de mutuos ¡cálmense! y ¡cierren la puerta! Con la puerta cerrada bajo llave, adentro prosiguió la confusión, el aire se enrarecía. Dos miembros del Comité de Lucha de Filosofía salimos a observar los alrededores porque, cada vez con mayor insistencia, se decía que el ejército se acercaba a CU. Cuando volvimos, sin haber visto soldados en las avenidas que conducen a Ciudad Universitaria, encontramos la reunión disuelta. El único acuerdo tomado era celebrar una reunión con un solo representante por escuela e informar, hasta última hora, a ese representante, del lugar en que se realizaría. Esa misma noche la tropa ocupó la preparatoria 2 y las vocacionales 2 y 5 (p. 32).

–¿Filosofía? –dije levantando el teléfono de la dirección.

–¡Compañeros, el ejército! –tragó saliva del otro lado del hilo– ¡el ejér...!

–Sí, sí, qué tiene.

–Que va para allá, para la Ciudad Universitaria, salgan todos.

–Gracias por el aviso. Sí, por supuesto, claro, muy bien, ándale.

Entró Marjorie y puso varios paquetes de papel sobre la alfombra.

–Ya trajeron el papel, pero no tanto como dijiste.

–¿Eso que tienes ahí es todo?
–No, es una parte. Veinte mil hojas.
–¿Veinte mil? Cuando mucho sacaremos 40 o 60 mil volantes. Ni para dos días. Pídele dinero a Enrique.
–Pídeselo tú, porque yo ya me enojé con él.
–Está bien, yo lo haré.
–¿Quién llamaba?
–Nadie, que otra vez viene el ejército. Vamos a ver cuánto dinero hay.
–¿Tienes suficiente tinta? (p. 73).

Después de la represión del 2 de octubre, se cancelan las clases por la ocupación de las fuerzas policiales de las instalaciones universitarias.

El 31 de octubre se realiza el primer mitin después de la represión y se comienza a considerar el regreso a clases. La decisión corre por cuenta de las asambleas. Circulaba el rumor de que

el gobierno clausuraría la UNAM, el IPN y la Normal, si el paro continuaba. El CNH explicó en conferencia de prensa las razones que lo llevaron a variar radicalmente de posición: “los representantes presidenciales, Andrés Caso y Jorge de la Vega Domínguez habían insinuado que el gobierno tenía la intención de clausurar; esa grave amenaza los había inducido a proponer el retorno a clases”. Después del llamado a los estudiantes para que regresen a clase, el 25 de noviembre se registró una asistencia numerosa a las escuelas mencionadas en donde se celebraron asambleas en los auditorios. En Filosofía se llevó a cabo una asamblea conjunta de varias facultades, cuando el delegado de Filosofía ante el Consejo hizo el anuncio de la decisión a que había llegado este organismo y explicó los motivos dados en la conferencia de prensa, la mitad de los asistentes a la asamblea abandonaron el auditorio en medio de una rechifla general, levantaban las manos haciendo la v y daban gritos en contra del levantamiento de huelgas (p. 168).

En Ciencias Políticas y en Filosofía empezó a decirse en las asambleas que era el PRI quien estaba impidiendo el regreso a clases con el fin de desacreditar al CNH, provocar cambios en sus delegados y tener así mayor beligerancia para conducir al movimiento a una solución oficialista. En Filosofía se rechaza la proposición de entrevistarse con el presidente, “porque, en caso de no lograr con ella una resolución favorable, en la actual situación del CNH, quedaría jugada y perdida la última carta del Movimiento” (p. 171).

Interrogatorio realizado a González de Alba en el Ministerio Público. Estaba convencido de que todos sus actos habían sido perfectamente legales y públicos, le pareció absurdo negar algunos hechos siempre habían sido del dominio de la prensa o de los estudiantes que asistían a las asambleas: Era miembro del CNH, el único delegado de Filosofía (eran tres por escuela); el CNH tenía más de doscientos miembros que nombraban las escuelas. La función de González de Alba era plantear ante el CNH los acuerdos tomados por la asamblea de filosofía y ante ésta los acuerdos del CNH; el nombre del auditorio Justo Sierra se había sustituido por el de Che Guevara por acuerdo de la asamblea, no lo había cambiado González de Alba, lo había cambiado la escuela, en asamblea había ochocientos alumnos, él había estado de acuerdo con el cambio pues el Che le parecía un símbolo del hombre nuevo (p. 197). ♦

* Miembro del Consejo Nacional de Huelga (CNH) que funcionaba a partir de un sistema de asambleas diarias con más de 200 delegados en ochenta escuelas. Textos tomados de Luis González de Alba, *Los días y los años*. 12a. ed. México, Era, 1984. Agradecemos al autor su autorización para reproducirlos.



EN JULIO DE 1968, yo me encontraba preparando la posibilidad de hacer un posgrado en la Universidad de Harvard, dos años después de haber obtenido mi licenciatura en Historia en la UNAM, un año y medio después de haber ingresado como profesora en esta Facultad de Filosofía y Letras. Después de lo que sucedió entonces, percibí claramente que, al menos por entonces, mi lugar estaba en mi país, participando como sujeto de la historia, en el acontecer de lo que constituiría un parteaguas para el futuro de México.

Por esos mismos días se iniciaba un proceso represivo por parte del gobierno, que en su inicio no parecía muy diferente de aquellos a los que nos habíamos habituado en toda la década anterior, y que no pasaba de resultar en algunos compañeros golpeados, unos cuantos más en prisión por algunos días, pero que finalmente salían en libertad. Sin embargo, la protesta por el ejercicio de

del bachillerato y de las escuelas profesionales; por el Politécnico, se incorporaban alumnos de las vocacionales y las prevocacionales, y también de las escuelas profesionales; entraban también los estudiantes de la Escuela Nacional de Maestros y de la Escuela Normal Superior, quienes pocos años antes habían acompañado a los profesores normalistas en su lucha por reivindicaciones salariales y la democratización de su sindicato.

En realidad, cabe decir que los sectores estudiantiles de todas las instituciones de educación media superior y superior tenían antecedentes de participación en diversos movi-

ANDREA SÁNCHEZ QUINTANAR
(Profesora del Colegio de Historia)

permanecen vigentes hasta hoy: entre ellas se encuentra nuestra participación en la Coalición de Profesores, al lado de nuestros más admirados maestros: Wenceslao Roces, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Villoro y varios más, que forman una lista interminable. Aparece también la brutal sensación de la dignidad universitaria violada, cuando presencié la entrada de la fuerza pública en la Ciudad Universitaria, en septiembre de ese año; a ello siguieron el dolor infinito y la desolación el 2 de octubre, así como la indignación frente a la autoridad impuesta y represiva, y la tremenda sensación de impotencia a partir de ese día... Y después, el

diversos ámbitos educativos: los jóvenes académicos éramos un solo grupo con los alumnos de las escuelas y facultades, así como con los de los bachilleratos y aun de las secundarias, al mismo tiempo que recibíamos lecciones de ellos, y escuchábamos las de nuestros maestros que podían darnoslas. Al mismo tiempo, también nos atrevíamos a interpelar a otros académicos que asumían posiciones retardatarias, incomprensivas de los procesos de cambio que estábamos viviendo. En el mismo sentido, fue notable también la unidad que se produjo entre el estudiantado de las diversas instituciones educativas, en otros tiempos rivales, que ahora compartían anhelos e inquietudes para luchar por ideales comunes y de interés para toda la sociedad. Tal conjunción de intereses logró borrar disensiones y confrontaciones menores, en un proceso que duró varios años, si bien posteriormente se desvaneció y, como muchas otras cosas, no se ha podido recuperar.

Esta vinculación intergeneracional e interinstitucional redundó en una proyección amplia hacia la sociedad, pues habiéndose iniciado como una lucha en defensa de las libertades democráticas, en el castigo a los responsables de la represión y en la insistencia en el diálogo con la jefatura del poder político, que nunca se logró, poco a poco se fue insertando en el encuentro de las carencias y demandas de los diversos sectores populares con los que el movimiento se fue vinculando en el breve lapso temporal en que se fue desarrollando. Para el momento culminante del 2 de octubre, difícilmente podía encontrarse en la capital una familia o un sector de la población que no contara con un elemento que

lo vinculara con el llamado “movimiento estudiantil”, con una actitud de simpatía y solidaridad –aunque también los había en sentido contrario–, que más adelante se tornaría en una sensación de desconcierto e indignación, que no ha acabado de encontrar cauce en formas organizadas de acción política y social, sino a golpes y tropezones y en saltos escalonados, en función de las condiciones mismas del desarrollo social y político.

Por último, es imprescindible mencionar los cambios que se produjeron en el ámbito educativo, que surgieron de la inconformidad estudiantil y académica por el anquilosamiento de una educación tradicionalista, desvinculada de los avances científicos y de la realidad social, que dieron lugar a importantes transformaciones en los métodos, las formas y los contenidos de la educación, tanto en las instituciones establecidas como en el surgimiento de nuevos centros educativos y en las modificaciones a planes y programas de estudio que perduraron durante varias décadas.

Muchas de las consecuencias de este proceso perduraron y aún se incrementaron en los años siguientes; tal es el caso de la participación de las mujeres en la política y los movimientos sociales. Sin embargo, en el sector educativo, la mayor parte de los cambios realizados se han revertido hoy día y se subsumen en los lineamientos impuestos por la globalización y el desarrollo neoliberal impuesto en el mundo por los centros internacionales del poder político y económico, y hacen ingente la necesidad de revisar estos procesos, para reflexionar sobre ellos, pero sobre todo para introyectar la experiencia de los acontecimientos de 1968 y sus consecuencias, para retomar esa experiencia, para rescatar los ideales y reconocer las necesidades populares, pero, sobre todo, para diseñar las formas de organización y las acciones para llevar a la práctica que hoy, como nunca, nuestra sociedad reclama. ♦



la violencia por parte de los cuerpos represores, la búsqueda del castigo a los culpables y la capacidad de convocatoria de los grupos estudiantiles en torno a estas mínimas demandas comunes, hizo temer a los cuerpos del poder sobre una desestabilización que se percibía como reflejo de la insurrección que grupos estudiantiles numerosos y destacados habían iniciado en Europa, particularmente en Francia y Alemania desde mayo del mismo año.

Hacia fines de julio, la protesta había crecido, después de la fuerte golpiza y persecución que parte del Cuerpo de Granaderos había ejercido contra los participantes en la marcha –que en ese entonces llamábamos “manifestación”– del 26 de julio, en conmemoración del ataque al Cuartel Moncada, de Cuba, para celebrar nueve años de revolución triunfante en el país caribeño, y sobre todo para protestar por la represión ejercida contra los estudiantes de la Preparatoria Isaac Ochoterena y de la Vocacional 3, por la policía y los mismos granaderos.

Esta nueva represión desataría entonces una cadena de nuevas protestas, nuevos actos violentos de la autoridad y la extensión del movimiento estudiantil, que en breve tiempo concitó la participación de importantes grupos de estudiantes: por la UNAM participaban alumnos

mientos de protesta y reclamo por sus derechos: la gesta ferrocarrilera del 59-60; la lucha por la defensa del internado del IPN; el movimiento médico de los sectores públicos de salud de 1966; la lucha de los telegrafistas, de los electricistas y de la exigencia estudiantil por la municipalización del transporte de 1958-1959, y varios más. Las secuelas de las luchas revolucionarias iniciadas en 1910, que llegaron a una etapa culminante en la década de los treinta y su posterior descenso mantuvieron en el terreno de la educación la formación de una conciencia social que los niños y jóvenes de las dos décadas posteriores pudimos absorber y traducir en una participación activa que se virtió en los procesos sociales y políticos que culminaron en el 68 con los resultados que han sido analizados en sesudos estudios publicados desde entonces, y cuyas consecuencias estamos viviendo ahora y están aún por revisar.

No es el caso hacer aquí un recuento pormenorizado de los acontecimientos ocurridos. Muchas han sido las crónicas y los análisis que al respecto se han realizado. Para el momento en que ahora escribo, sólo quiero señalar, a manera de catarsis, algunos sucesos que recuerdo con particular emoción como relevantes en el incremento de nuestra conciencia histórica, política y social, que

descubrimiento de la capacidad de sobrevivencia, y la recuperación del espíritu de lucha y del “seguir adelante”, encontrando nuevos caminos, que aún hoy están en proceso de búsqueda y construcción.

Además de las consecuencias importantes que los sucesos del 68 dejaron para México y para diversos países del mundo en las políticas nacionales, en los grupos de poder, en el surgimiento de grupos de oposición armada, en las guerrillas urbana y rural, y muchos otros que no es el caso analizar aquí, quiero mencionar algunos elementos que me parecen señeros y que se dieron a lo largo de ese segundo semestre de 1968. Los menciono tal como me vienen a la mente, que no en orden de importancia o prioridad: en primer lugar, fue notable la creciente participación de las mujeres como protagonistas, aliadas de los varones, y no a su sombra; mujeres jóvenes, casi niñas, otras adultas y desde luego, muchas “adultas mayores”, como se nos llama hoy en día, que contribuimos en todo al desarrollo del movimiento en todos los frentes. Esta participación fue determinante para la construcción de la sociedad civil y el logro de muchas reivindicaciones femeninas actuales.

Otro elemento importante fue el de la vinculación entre las diversas generaciones, especialmente de los

La costumbre de reprimir*

CARLOS PEREYRA

A pesar de la recurrente tentación de explicar la cruenta respuesta gubernamental al movimiento estudiantil de 1968 como producto de las pasiones desatadas en la cúspide del aparato que ejerce el poder político en México, una visión retrospectiva de la historia reciente del país muestra que esa respuesta encuadra con facilidad en una lógica de gobierno que abarca el periodo iniciado en 1940 y que encuentra su última expresión precisamente en 1968, con el resabio posterior del jueves de Corpus en 1971.

En efecto, desde el ametrallamiento en los comienzos de la gestión de Ávila Camacho de cooperativistas dedicados a elaborar uniformes y equipo para las fuerzas armadas hasta la noche de Tlatelolco durante la administración de Díaz Ordaz, el signo de la violencia marca las relaciones del gobierno con el descontento social, tanto en el ámbito agrario donde el encarcelamiento de Jacinto López y el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia simbolizan la intransigencia antiagraria oficial, como en el medio sindical, donde a los golpes de fuerza para implantar el *charrismo* en gremios clave durante el régimen de Alemán les suceden las formas de represión extensiva a ferrocarrileros y maestros en tiempos de López Mateos. Los ejemplos pueden multiplicarse en otras dimensiones de la vida social: la matanza de henriquistas en la Alameda, la ocupación militar del Instituto Politécnico Nacional, la represión a manifestantes (incluido el grupo priista) solidarios con la Revolución cubana, la dureza opuesta a las reivindicaciones de médicos empleados en instituciones de salud pública, etc.

1968 aparecen pues, como culminación desmedida de una lógica de gobierno que alcanza entonces extremos que obligan a su revisión. Nadie podría garantizar que esa lógica fue eliminada para siempre, pero la transición democrática cuyo despliegue es visible en los últimos veinte años ha creado mecanismos de tolerancia y respeto a la diversidad antes desconocidos. Al parecer, la historia avanza, en efecto, por el *lado malo* y la barbarie de 1968 creó condiciones de posibilidad para el tránsito democrático. ♦

* Publicado en *Nexos*, año XI, vol. 11, núm. 121, pp. 9-10. México, enero de 1988. *metate* agradece a *Nexos* su autorización para reproducir este artículo.

Sobre el traje, las pastillas y el maíz (las estudiantes de 1968)

MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL
(Profesora del Colegio de Filosofía)

A Eli de Gortari, una gran presencia

UNA FALDA ESCOCESA, blusa camisera y calcetas hasta las rodillas era mi uniforme. En 1967 me regalaron un juego de saco y pantalón. Decidí estrenarlo en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras, concurrida en tropel por estudiantes de ingeniería; acudían en busca de muchachas bonitas. En la radio se escuchaba un sonsonete que, si mal no recuerdo, decía “Las novias de Ingeniería, / las más bellas de la Universidad. / Rosa María, María Elena...”, letra que, según testimonio generalizado, era una mentira piadosa si se refería a las estudiantes de aquella Facultad.

Un año antes de que estallara la rebelión de línea democratizadora y libertaria de 1968, como dejó de coquetería me calé mi traje nuevo. La elección era obvia: los pasos entre las mesas donde reposaban tazas de café que había hervido sin parar eran pasarelas de modelitos de costura fina, no de munición. Mi expectativa de ser alabada por aquella novedad en el traje se frustró. Los galanes de pacotilla me espetaron: “¿Qué?, ¿vas de picnic? ¿Ahora las mujeres se visten como machos?”. Sí, me vieron como hombre castrado porque no era propio que las señoritas usaran los pantalones, salvo en las excursiones. Imbéciles, pensé, y me tragué la rabia.

En 1968, aquella prenda tabú se multiplicó como verdolaga. Había que correr y correr, y para hacerlo las faldas rectas no servían. La opción era cárcel o ropa adecuada. Al inicio de aquel revoltijo de peticiones absurdas —el pliego petitorio— que escondían el hartazgo de la nula libertad de expresión, las bases, los sin afanes protagónicos del Politécnico y la Universidad, ejercíamos la resistencia pasiva con “pintas” y “pegas” en las paredes, y redactando volantes, generalmente los de la propia brigada: espontaneidad y diversificación que mantuvo desesperado al gobierno que presidía Gustavo Díaz Ordaz. Mi grupo, que diariamente se la jugaba en la Guerrero, Zona Rosa, La Merced y otros rumbos, fue denunciado muchas veces. Incluso me recuerdo poniendo los pies en aceleración cuando se acusó a los “pajarillos libertarios” de impíos y



herejes porque al llegar al Zócalo una manifestación, a alguien se le ocurrió echar a vuelo una campana de Catedral. Marcos replicó con argumentos teológicos y civiles en mano: aquello era un “infundio”. Él, y yo de acompañante, nos apersonamos en las afueras del santuario guadalupano y a cuanto peregrino y paseante le entregábamos el “papel de marras”, se detenían a leerlo. El atrio se llenó de estatuas prosternadas. Supongo que a los comerciantes del sitio y vendedores de chucherías la situación les hinchó el hígado: llamaron a los granaderos. Gracias a los pantalones desaparecí de escena en un santiamén.

En contra de la sociedad, incluida una parte ideológicamente “morfificada” de la familia, me negué a seguir usando un guardarropa de inútil muñequita de *biscuit*. El pantalón vaquero me abrió a vivencias que iban postergando para ocasiones muy especiales las minifaldas.

La píldora anticonceptiva se puso en venta. Aquel “invento del demonio”, en calificativo de las damas y caballeros que se calaban el equivalente al corsé, el anteojito y las polainas de los años sesentas, auxiliaba a separar la *Vieja y nueva moral sexual*, como ilustra este título de Bertrand Russell. Las bodas en traje blanco más alto en la zona de la panza que en la trasera, las colegialas de la UNAM las consideramos masivamente un anacrónico teatro de ópera. Además, nos largábamos cuando alguien repetía el estribillo de que “la novia se comió el pastel antes de casarse”.

Invento médico y ambiente subversivo hicieron que llegara, sin calcular cómo ni cuando, el fin de la virginidad, que nuestros padres defendían fusil en mano. Por desgracia, hubo compañeros que se derumbaron en las mórbidas drogas y la promiscuidad. Sin embargo, el placer sexual desligado de la procreación, una especie de *Cantar de los cantares* del siglo XX, llenó el proscenio que es la ciudad de México, dejando muy atrás a los hipócritas o, peor, aterrados hábitos del coito que dominaron por centurias a las “hembras”.

También de nuestro panorama desapareció el despectivo de “solterona”: casarse ya no era meta prioritaria. La posible bendición del cura o el visto bueno del juez civil dejaron de quitarnos el sueño. La imaginación femenina tomaba el poder y nadie, o casi nadie, lo advirtió entonces; las generaciones siguientes fueron las que descubrieron cómo se había roto el *ethos* de géneros.

La historia no es telenovela con un final que se precipita en los últimos cinco minutos del último capítulo del “culebrón” que duró medio

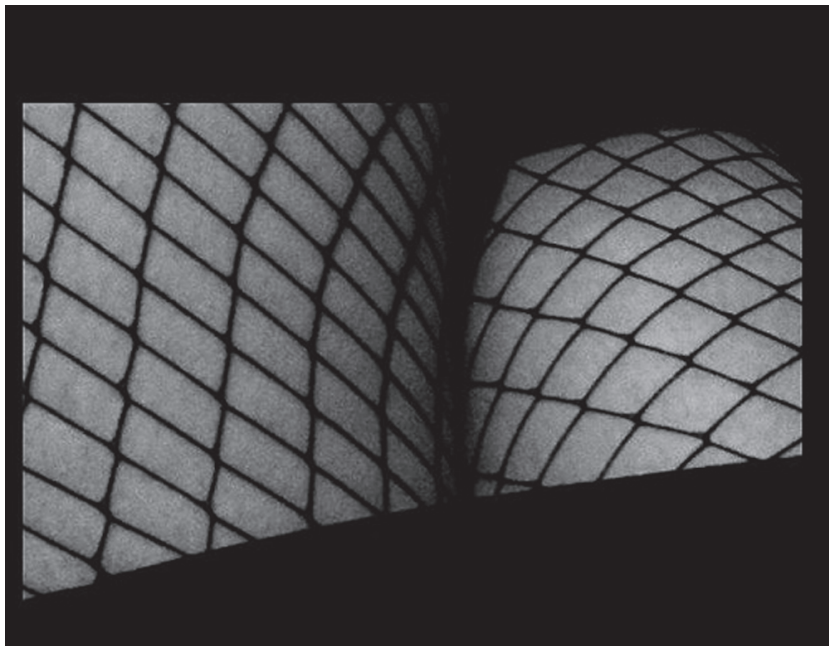
año. No. La misoginia estaba allí, como el dragón inventado por Tito Monterroso. “Inmorales”, “putillas”, “descocadas”, “pervertidas”... eran apelativos que nos aplicaban los llenos de miedo a la novedad y, quizá también, de envidia.

Asimismo, hubimos de cerrar la boca las que acompañamos a quienes invitaron a los estudiantes de

Medicina a unírseles (a pesar de que aún no digerían el trauma que sufrieron poco tiempo antes). Padecimos la mofa, los insultos del aplastante patriarcado. Más rabia daba que nos plantearan la invitación a bailar, olvidándonos de la furia que nos “envejecía”, porque “las viejitas no son bonitas”, soltaban con sorna.

En aquel entonces, muchas abandonaron a su familia troncal para irse con su compañero, de quien finalmente se separaron. Quizá su angustia tenía un pie en el ayer de la maternidad y de ser un ama de casa, y otro en el mañana, en la nonata realización personal al mismo nivel que los hombres.

La masacre de Tlatelolco acabó con ilusiones. Lloramos hasta formar mares de tristeza donde se ahogaron varios de nuestros amigos y conocidos. No obstante, sin darnos cuenta de qué pasaba, el género femenino había corrido un maratón histórico. Atletas hubo del Poder Negro que levantaron el puño enguantado al recibir su presea en la olimpiada que se verificó en días posteriores a la frustrada emancipación de estudiantes; eran la cauda de gritos contra la injusticia que, al meterse por los ojos, indigna. Las mujeres, invisibles en aquellos tiempos, no levantamos el puño izquierdo. Tal vez porque en el metate estábamos modelando el maíz, la carne y la psique de la humanidad que habita Nuestra América, en decir de nuestros antepasados mesoamericanos. Sí, los hombres de maíz nos formamos en el metate de la historia. ♦



Una preparatoriana en el 68

CRISTINA GÓMEZ ÁLVAREZ
(Profesora del Colegio de Historia)

EN FEBRERO DE 1968, ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria, plantel 7 (La Viga). Mi entusiasmo era muy grande, pues había tenido que esperar seis meses —por la diferencia de calendarios entre la UNAM y la SEP— para convertirme en una universitaria. A los pocos días de haberse iniciado las clases se realizó la novatada. En aquella época era costumbre realizarlas anualmente. Se trataba de una especie de bautizo a los nuevos estudiantes; se les rapaba, pintaba y les echaban chorros de agua. Para evadir esa situación corrí, junto con mis amigas (Marcela, Katia y Marisa), y logré protegerme en un cubículo de un grupo estudiantil que se llamaba Partido Estudiantil Revolucionario (PER). Ahí estuvimos más de tres horas platicando con los compañeros de esa organización. Nos invitaron a formar parte de su grupo, invitación que aceptamos con gusto.

Una de las actividades que realizamos inmediatamente fue organizar el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer. En aquella época, ese día únicamente se celebraba de manera oficial en los países socialistas. Así que se nos ocurrió ir a la embajada de la URSS para que nos prestaran la película *La Madre* para proyectarla en el teatro de nuestra preparatoria y sensibilizar a las mujeres en su papel frente a la lucha política. Recuerdo que en ese acto solamente dejamos entrar a las alumnas. Deliberadamente excluimos a los hombres, pues queríamos pasar un rato a gusto sin tener que exponernos a los chiflidos y burlas de los compañeros. Por aquellos años, no era fácil la relación con el sexo opuesto. Recuerdo incluso que, en el salón de clases, las dos primeras filas estaban destinadas a las mujeres. No imaginaba que el 8 de marzo fuera tan importante para mi vida futura, pues resulta que los miembros del PER eran militantes de la Juventud Comunista de México (JCM) y, a través de Dolores, una de las dos mujeres comunistas de la prepa, me invitaron a militar en sus filas. Sin pensarlo acepté, en realidad no pregunté a qué me estaba comprometiendo, ni cuál era su programa. Sin embargo, mi ilusión era contribuir a democratizar la universidad y el país y sabía que los comunistas tenían esa convicción.

Cuando se inició el movimiento estudiantil en julio de 1968, yo militaba en la Juventud Comunista. Participé en la manifestación del 26 de julio, la cual se citó para conmemorar el aniversario del asalto al Cuartel Moncada (Cuba), pues una de las organizaciones convocantes era la JCM. Al momento de realizarse el mitin en el Hemiciclo a Juárez llegó una marcha de estudiantes politécnicos que protestaban por la represión que habían sufrido unos días antes en una escuela. Acordamos sumarnos a su lucha y marchar juntos al Zócalo. Me encaminé por 5 de Mayo y me topé con los granaderos, quienes querían impedir que llegáramos al Zócalo. Por fortuna, me llamó Chacón, compañero mío en la Prepa, y abrió la cortina de su tienda de camisas para que me refugiara junto con mis camaradas. Desde ahí pudimos ver la brutal golpiza que la policía les propinaba a varios muchachos. Nunca imaginé que ese día se iniciara el movimiento más importante de la segunda mitad del siglo

XX, ni que esa brutal represión no sería la última que yo viviría.

Días después, las escuelas y facultades de la UNAM y del Poli estallaron la huelga general. También en la prepa formamos el Comité de Huelga. Nos organizamos en comisiones,

balazos y vimos cómo el Batallón Olimpia detenía a los compañeros del Consejo General de Huelga que presidían el mitin, quisimos, como todos los asistentes, salir de la plaza. Pero no encontrábamos la forma de escapar, pues los soldados habían for-

búsqueda en la Procuraduría General de la República (PGR), en los hospitales y en el forense de los seres queridos que habían estado en un mitin pacífico en una tarde de octubre. Acompañé a mi madre el 3 de octubre a la PGR. Había mucha, pero



Joan Baez y Bob Dylan.

a mi me correspondió la de finanzas, actividad que se consideraba adecuada para las mujeres. Pero esa comisión era muy importante porque se convirtió también en la que organizaba las brigadas, ya que había que controlar los botes —en donde se recolectaba el apoyo económico aportado por la población para sostener el movimiento. El mercado de Sonora, de la Viga, de Jamaica y otros del rumbo se convirtieron en los espacios para difundir los motivos de nuestra huelga. Ya superados los silbidos por minifaldas, esas brigadas fueron la base de la organización del movimiento.

Durante agosto y septiembre todo era fiesta. Las grandes manifestaciones que durante esos meses se organizaron expresaban la cohesión y la voluntad de los estudiantes porque sus demandas, todas ellas justas, se resolvieran. El lema que nos acompañó durante esas jornadas de lucha lo resume elocuentemente: “¡El presente es de lucha, el futuro es nuestro!” Las canciones no podían faltar: la de Dylan *Blowing in the wind*, interpretada por Peter, Paul y Mary, o *Five Hundred miles*, de Joan Baez. La lucha política —el enfrentamiento contra el Estado— y la solidaridad entre los estudiantes vinieron acompañadas de los primeros amores. ¿Quién puede olvidar el primer noviazgo? Menos aún cuando se da en ese contexto: fiesta y lucha unidas proporcionan una gran felicidad y un buen comienzo para enfrentar la vida futura.

Después vino la derrota, resumiendo en un día: 2 de octubre. Pero fue más allá. Llegué a la Plaza de Tlatelolco acompañada de Chela, mi hermana, y Edgar, mi novio de la Prepa. Nos ubicamos hasta adelante, enfrente del edificio Chihuahua. Cuando escuchamos los primeros

mado una valla —enfrente del Chihuahua— para impedir que la gente pudiera bajar de la Plaza. El pánico cundió. Mi hermana y yo nos caímos. Creí que me aplastaban. No sé cuánto tiempo, pero fue lo suficiente para que por mi mente pasara lo más importante de mi vida. Cediendo, creí que iba a morir.

De repente, pudimos levantarnos. En ese momento me di cuenta de que éramos los últimos de la plaza. Saltamos por un camino improvisado junto a la Voca 7 que, por cierto, estaba lleno de zapatos perdidos de los compañeros que salieron antes. Llegamos a un edificio junto a la plaza ya lleno de los del mitin; nos quedamos afuera, donde llegaron conocidos con quienes nos consolábamos imaginando que las balas eran de salva, aunque después fue el horror al ver dos tanquetas con sus respectivos soldados en posición de tiro. Un soldado nos gritó que todos íbamos a morir, pero otro se acercó y al oído le dijo a Edgar: “¡Llévate a estas muchachas de aquí, porque la cosa se va a poner peor”. Edgar, que nos tenía a mi hermana y a mí tomadas del brazo, decidió irnos de Tlatelolco. En broma le digo que fue la decisión más importante de su vida. No fue fácil tomarla pues al dejar el refugio nos podía alcanzar un balazo.

Llegamos a casa; por cierto, el 2 de octubre era cumpleaños de mi madre; seguíamos sin explicarnos el porqué de la represión. Mi padre no podía creernos, decía que exagerábamos. Al ver el noticiero de la noche, se dio cuenta de la gravedad de los hechos; se puso pálido y preguntó por nuestro hermano que también estaba en Tlatelolco. Toda la noche y madrugada estuvimos esperando que el hermano se reportara por teléfono. Esa llamada nunca llegó. Para mi familia, como para otras, empezó la

mucha gente tratando de averiguar el paradero de sus padres, hermanos, novios y amigos. Y la procuraduría no daba respuesta. Siempre he pensando que para entonces no estaba definida mi vocación de historiadora, pues escuché tantos dramas personales que daban cuenta de que habían encontrado algún familiar en la Cruz Roja o en el Semefo, ya fallecidos. Esos relatos hubieran sido muy importantes para reconstruir el número de víctimas. Sin embargo, apenas tenía 16 años y yo misma estaba atravesando por un momento muy doloroso.

El 9 de octubre llegó Edgar a la casa con las *Últimas noticias* cuya nota principal era que habían sido consignados algunos dirigentes estudiantiles y se les trasladaría de la cárcel del Campo Militar a Lecumberri. En la lista se encontraba mi hermano. La noticia nos provocó una gran alegría, pues sabíamos que estaba vivo. Algún día saldrá de la cárcel, dijo mi padre. Al día siguiente, mi madre, Chela y yo fuimos a Lecumberri. Mediante un billete de 50 pesos nos dejaron entrar. Cuando nos introdujeron cerca de la crujía H, escuchamos los nombres de los estudiantes consignados. Vimos a mi hermano salir de su celda y bajar para formarse junto con sus compañeros en el patio de la crujía. Mi madre estalló en llanto y yo también. Si mal no recuerdo, desde el 2 de octubre no había podido llorar. Mi hermano estaba más flaco y con la misma camisa que llevaba el 2 de octubre, la chamarra se la robaron los soldados, tenía, como los otros, una gran dignidad. Esa imagen tuvo para mí dos significados, uno personal y otro colectivo: aunque en prisión, vi vivo a mi hermano, y a la vez constaté la derrota del movimiento estudiantil. Derrota que no había apreciado con claridad, a pesar de haber presenciado la matanza del 2 de octubre.

Después de 40 años, surge una pregunta central: ¿qué logró la generación del 68? Por generación me refiero a los miles de hombres y mujeres que lucharon en el movimiento estudiantil de ese año. Algunos podrían contestar que muchas cosas. Que la vida política del país cambió a raíz del 68. Creo que en efecto, muchas cosas cambiaron. Hoy, por ejemplo, es amplia la participación de las mujeres en la vida política y se han conquistado muchos derechos antes conculcados. Sin embargo, considero que aún está vigente la reivindicación fundamental de aquellas jornadas: la democratización del país, incluyendo la Universidad. Incluso debemos señalar que ningún miembro de nuestra generación llegó a gobernar ni siquiera un estado de la República. Por ello creo que una manera de conmemorar los hechos históricos de hace 40 años es levantar la misma consigna que gritamos en diciembre de 1968, al momento de levantar la huelga: ¡La lucha continúa! ♦

El 68 revisitado

RAQUEL GLAZMAN
(Profesora del Colegio de Pedagogía)

QUE HAN PASADO 40 años... eso ni soñarlo, no puede ser que el tiempo traicione de tal forma. Sin embargo, están presentes todos los recuerdos, todos los acuerdos y todos los desacuerdos que nos permiten regresar a una época inolvidable.

En el 68 se gestó la idea de que México podía ser mejor... de que el sueño era el camino de la construcción de realidades y de que estas realidades eran posibles. En el 68 podíamos creer que la educación era accesible a nuestros eternos marginados, que podíamos convertir a los soldados en estudiantes y que enfrentarnos a la autoridad no era firmar nuestra sentencia de muerte. Los estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, nos juntábamos para ser solidarios, para creer en la libertad y para dar lo que cada uno pudiera... aunque fuera dinero.

Efectivamente han pasado 40 años, la mala memoria, la poca memoria o la desmemoria nos invade y paraliza, nos quita el aliento y siembra una desesperanza profunda, nos impide pensar en el pasado, pretender un futuro.

Rindo mis recuerdos a los Jaime Godeds, a los Guevara Niebla, a los Cazés, a los Escudero, a Margarita Suzanne, a Guita Schifter y a muchos otros que me impiden pensar que nada pasó. Ofrezco mi homenaje a un Barros Sierra que nunca olvidó el papel de una Universidad como la nuestra y ruego por que la falta de memoria no conduzca a mis estudiantes al olvido o la indiferencia del país que los vio nacer, su enorme miseria y todo lo que pueden hacer por él. ♦

1968: política y simbolismo

GILBERTO GUEVARA NIEBLA¹
(Profesor del Colegio de Pedagogía)

¿QUÉ OCURRIÓ EN México en 1968? Pregunté a mis alumnos. Sólo uno levantó la mano. Dijo: “Hubo una matanza de estudiantes”. Es lamentable que en la actualidad muchos estudiantes universitarios ignoren lo ocurrido entre julio y diciembre de 1968, pues se trata de un movimiento (conflicto) político que fue determinante en muchos sentidos. 1968 abrió cauce a la democracia política de México, pero además fue un punto de la historia donde se cruzaron muchos fenómenos.

Fue una protesta estudiantil contra abusos de la policía y contra los excesos del poder y se trató de una expresión democrática encabezada por estudiantes y apoyada activamente por docentes, intelectuales y trabajadores de clase media urbana. Pero tuvo otros, diversos, significados.

En 1968 se reveló por primera vez, como algo maduro, la globalización, pues no otra cosa explica la simultaneidad paradójica de la rebelión juvenil en el mundo. La televisión alcanzó su mayor esplendor. El Mayo francés se transmutó en el Agosto mexicano. La fuerza de atracción que ejercían sobre el estudiantado fenómenos estadounidenses como el movimiento de los derechos civiles, la Sociedad de Estudiantes Democráticos y los Black Panthers era impresionante. La Revolución cubana y la presencia del Che Guevara en Bolivia eran mitos poderosos que agitaban a la juventud de América Latina. La invasión de los tanques soviéticos a Checoslovaquia indignó al mundo.

En el escenario del fondo estaba el *rock and roll* y los Beatles. Al mis-



mo tiempo se inventaba la píldora anticonceptiva y se iniciaba una revolución sexual que tomó distintas direcciones y dio actualidad sorprendente a los escritos de Wilhem Reich. Las tradiciones se derrumbaban en lo más íntimo de la vida humana. ¿Son válidas las relaciones premaritales? ¿Puede la mujer tener orgasmo? ¿Cuándo se puede hablar de una relación sexual satisfactoria? El feminismo entraba a la sociedad por la puerta más amplia. Las mujeres comenzaron a reclamar derechos que se les habían negado y el tema de la “doble jornada” adquirió actualidad.

Si hay una palabra que pueda resumir esa revolución cultural ésta es:

libertad. Los jóvenes se rebelaron contra una sociedad autoritaria, machista, coercitiva, burocrática, anónima, mercantil, consumista, belicista y predatoria. La conciencia sobre la vulnerabilidad del medio ambiente primero se asoció a cierto misticismo orientalista (un triunfo efímero del budismo), pero más tarde se secularizó y se convirtió en un movimiento político de amplísimas dimensiones.

El deseo de libertad plasmó en una “revolución pedagógica” que hizo de las escuelas llamadas “activas” una moda que atrajo tanto a buenos docentes como a ambiciosos comerciantes del sector privado. En los años setentas proliferaron en la

ciudad de México ese tipo de escuelas. Mientras tanto, en la escuela pública se desenvolvía una “revolución silenciosa” bajo la forma de resistencia a la gestión autoritaria de las escuelas y se fue imponiendo un modelo “más relajado” de gestión, en tanto que crecía la idea de que los niños eran, ellos también, portadores de derechos y merecían respeto de los maestros.

De forma igualmente silenciosa cambió la vida de la Universidad: el maestro dejó de ser contemplado como una autoridad y con excesiva frecuencia se le miró como un “compañero”. Una simetría que hoy es justamente criticada. En algunas universidades y facultades se inventaron

sistemas de autogestión o cogobierno (sistemas que en algunos casos se conservan vigentes). Se optó a veces por elegir a los rectores con “voto universal” de alumnos y maestros con el resultado funesto de que la vida académica se politizó (en el mal sentido del término) y las universidades pasaron a manos de caciques o grupos facciosos.

Los extremos se vivieron en Psicología (UNAM) en donde por votación mayoritaria de una asamblea se resolvió expulsar a los profesores “conductistas” (skinnerianos) por “reaccionarios” (prejuicio que lamentablemente se conserva vivo entre ciertos militantes de izquierda). En otro polo, un grupo de estudiantes de la Universidad de Sinaloa, a quienes se apodó “los enfermos”, se apoderó de la dirección de la Federación Estudiantil (1972) y lanzó la consigna de “destruir la Universidad” so pretexto de que ésta era una fábrica capitalista, y se lanzaron a una campaña de barbarie y devastación que incluyó golpizas a estudiantes y docentes que no comulgaban con sus ideas y a quienes acusaban despectivamente con el apelativo de “demócratas”; destrucción de laboratorios, quema de libros y en el extremo de la locura, asesinato de sus adversarios.

El movimiento estudiantil de 1968 fue un episodio político que incluyó protestas estudiantiles callejeras y diversos actos pacíficos de protesta que se cerró abruptamente con la masacre de estudiantes del 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco. Pero ese año tuvo otros, múltiples significados que lo hace memorable. 1968 concentra y concentrará por mucho tiempo el denso simbolismo de la libertad y la democracia. ♦

¹ Miembro del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil de 1968.

Invasión de Ciudad Universitaria...

Viene de la página 3

Ángel y los trajeron paseando varias horas y los soltaron en una barranca. Una noche fui a la casa de Tlalpan a buscar algunos libros y ropa. Estaba muy oscuro. Al meter la llave en la cerradura, unos brazos me ateznaron de los tobillos, pero yo pateé a mi agresor en la cara y me zafé; logré, no sé cómo, trepar la alta barda de piedra y saltar dentro de la casa. Nunca supe si iban por mí o era *Pancho*, un *teporocho* que se refugiaba ahí de la lluvia y del frío; Hernán Lavín Cerda hizo un poema al *Fafafan*, como le decían mis hijos pequeños. Si fue el *Fafafan* el que me agarró, menudo susto me pegó.

De pronto me llamó el director de Bellas Artes, mi maestro aquí de Crítica literaria, José Luis Martínez, y hablando de cosas intrascendentes escribió en un papel: “Te quiere ver Agustín Yáñez en la SEP. Escribo porque hay micrófonos por todas partes”. Yo dirigía la revista del INBA, así

que me presenté ante el escritorio de José Vasconcelos, que presumían los secretarios de Educación. Mi maestro en Filosofía y Letras de Teoría literaria y en el seminario de Creación literaria, amigo en Guadalajara cuando fue gobernador de Jalisco, quien me abrió las puertas de la UNAM con una carta a Nabor Carrillo, de Alfonso Reyes en El Colegio de México, del Centro Mexicano de Escritores, me preguntó a bocajarro: “¿En qué andas metido en el movimiento estudiantil?” Y me mostró un memorando de la Secretaría de la Presidencia firmado por Emilio Martínez Manautou, en el que se le preguntaba al secretario de Educación “¿por qué hacia la *Revista de Bellas Artes* un enemigo personal del presidente Gustavo Díaz Ordaz?”. Ante mi azorro, Yáñez, me propuso que saliera del país como agregado cultural, nombramiento que estaba en sus manos. Me dio a escoger entre Chile, Cana-



Estacionamiento de la Facultad.

dá y Suiza, que estaban disponibles. Le dije que no quería irme a ninguna parte, que si le estorbaba renunciaba al INBA. Me dijo que él incluso había tratado de renunciarle a Díaz

Ordaz y que éste lo había retenido a la fuerza. “Ándate con cuidado, porque las cosas se van a poner muy mal”, me dijo.

Al salir de la SEP pasé por el Zócalo y vi, realmente alarmado, que había tanquetas todo alrededor de Palacio Nacional!!! Vientos de Fronda soplaban ya sobre nuestra capital... Estábamos a un paso del 2 de octubre, día de la ignominia, de la vergüenza más grande de nuestra historia. La sangre no se lavaría nunca, como dijo Octavio Paz en su poema publicado en el suplemento de Fernando Benítez *La Cultura en México*, días antes de su renuncia a la embajada de la India. Volví a las oficinas del Comité Olímpico, y me di cuenta de que estábamos ya custodiados por el ejército con metralletas. Incluso, una noche arrojaron un petardo a la casa de Ramírez Vázquez. Se acusaba al movimiento estudiantil de querer boicotear los Juegos Olímpicos, la coartada más absurda para la brutal represión que vendría y que terminaría en matan-

za. Díaz Ordaz, en su último informe a la nación, asumió toda responsabilidad por “haber salvado a la patria de una conjura comunista”. Hoy el verdadero genocida, Luis Echeverría, ha sido juzgado y tiene por cárcel su domicilio en San Jerónimo. Pero me dicen que nuestra gloriosa Suprema Corte de Justicia ha echado abajo el castigo y que LEA ha volado libre para figurar como un héroe en la historia oficial de este maravilloso país. En la portada del último *Proceso* leemos: “Tlatelolco 69: la historia no lo absolverá”. Y en seguida, Echeverría provoca: “No pido perdón”. ♦

♦ Mirilla

Querida Cristina:

40 años después creo que podemos recordar y llorar, pero también soñar y construir.